

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

P. G. Mahoudeau

## Primeras manifestaciones de la materia viva

(Continuación)

La diferencia es importante, pues si estuviera bien demostrado que el *bathybius* no es un compuesto inorgánico, no teniendo nada vivo, sino más bien una substancia organizada, sólo se trataría de saber, si el 3 por 100 de substancias albuminoides proviene de animales inferiores, tales como las esponjas y los zoofitos, ó si, por el contrario, esta substancia tiene una existencia propia, es decir, si se forma de ella misma creciendo, por asimilación, á expensas de los materiales inorgánicos.

Si la substancia albuminosa del *bathybius* se forma de ella misma, nada impide considerar esta masa amorfa de las grandes profundidades marinás, como una sobrevivencia arcaica, quizás como la forma primitiva de la materia viva.

La gran proporción de substancias minerales (97 por ciento) no se opone á semejante concepción. La materia orgánica formándose á expensas de la inorgánica, tomándole prestados todos sus elementos constitutivos, ha debido en sus comienzos, en las primeras fases de los periodos geológicos, contener más partes minerales que orgánicas.

Puede haber sucedido también, que esa ganga siliciosa y calcárea fuera indispensable á las primeras manifestaciones

del carbono para servir de sostén y de protección á las moléculas agrupadas con una afinidad fácil de destruir. La materia en vías de organización biológica habría tenido así dentro la masa mineral gelatiniforme, una especie de esqueleto formado de mallas, á través de las cuales circularía.

Si esto ha sucedido así, la preponderancia mineral en la composición química del *bathybius*, lejos de ser una objeción en contra de su naturaleza de rudimentario organismo vivo, sería más bien un argumento en su favor. Cuando una forma se desprende de otra, que existía precedentemente, es la forma madre—en ese caso materia mineral—que la constituye cuantitativamente bajo la forma nueva, la forma engendrada, lo que se traduce en los seres vivientes por el número é importancia de caracteres.

En resumen: podemos decir que no sabemos todavía por cuál de las teorías decidirnos. Ignoramos si el *bathybius* es un compuesto exclusivamente inorgánico en estado gelatinoso—es decir, un cuerpo mineral—si es una substancia secretada por organismos vivos, esponjas ó zoofitos—es decir, un cuerpo orgánico—ó si, intermediario entre los dos principales aspectos ó maneras de



ser de la materia no es más que una masa de materia viva arcaica.

La vida orgánica ha nacido entre las aguas del inmenso océano geológico, origen de los mares actuales; grandes motivos hay, pues, para creer que sea en el seno de los mares donde se encuentren las formas más rudimentarias de los organismos vivos.

Nada se opone teóricamente, por lo tanto, á que esta gelatina cálcica, débilmente albuminoide, más mineral que orgánica, sea una forma primitiva de la vida, ó al menos, la sobrevivencia de una de las transacciones físico-químicas que permiten á los compuestos de carbono realizar modos de movimiento más delicados, más sutiles, más rápidos que los producidos por los otros cuerpos químicos.

Si tuviéramos que admitir una hipótesis para tratar de darnos cuenta de la manera cómo el principio de la vida debió producirse, nos imaginaríamos como forma viva primitiva una masa amorfa, móvil, viscosa, más mineral que orgánica, que gradualmente, por evoluciones sucesivas, conviértese cada vez más en albuminoide. En 1809, Lamarck avanzaba ya una concepción análoga.

Ahora bien: es necesario reconocer que el *bathybius*, substancia hallada en el mar y cuya existencia por nadie es negada — se discute solamente su naturaleza viviente — responde singularmente á este punto de vista teórico y se presenta al espíritu realizando una de las hipótesis más satisfactorias que se pueden admitir sobre las formas primordiales de la materia viva.

Si la naturaleza viviente del *bathybius* está todavía sujeta á discusión, no sucede lo mismo con la substancia medio fluida, amorfa, plástica, incolora, insoluble en el agua, en reacción alcalina, que constituye la parte esencial de los cuerpos organizados, plantas y animales. Calificada por Huxley de base física de la vida, por Claudio Bernard de caos vital

y denominado por Purkinje protoplasma (materia formatriz), esta substancia presenta, aun en sus formas más simples, un tal grado de complejidad, un conjunto de acciones físico-químicas tan extensas y notables, que es ciertamente difícil observar cómo se manifiesta la vida desde sus comienzos.

Si el *bathybius* no es orgánico, si no es una sobrevivencia de las primeras edades de la vida terrestre, han debido existir uno ó varios modos desconocidos de transacción entre la materia actual, representada por el protoplasma, y las primitivas combinaciones del carbono, ensayando, de alguna manera, bosquejar el mundo orgánico.

Más si no conocemos, de una manera cierta, los primeros aspectos que revisió la materia mineral transformándose en materia viva, no es dable asistir, sin embargo, todos los días á la manifestación de los fenómenos físicos y químicos que permiten á la materia viva actual extender sus dominios á expensas de la materia inorgánica.

El protoplasma de los vegetales y también el de ciertas especies de animales, absorben las sales minerales disueltas en el agua, utilizándolas, modificándolas, conservando una parte, rechazando la otra. La parte conservada, asimilada, llega á ser parte inherente del protoplasma, es decir que, convertida en materia orgánica se transforma en viviente.

En consecuencia, si no percibimos á la materia mineral produciendo directamente á la materia viva, — bien entendido, haciendo caso omiso del *bathybius*, — vemos, sin embargo, continuamente á la materia viva fabricándose ante nuestra vista, no empleando para ello más que substancias minerales, es decir, reputadas como no vivientes.

La transformación de la materia mineral en materia viva es, pues, un fenómeno que se produce continuamente y que nada tiene de misterioso.



Por tanto, parece difícil sostener que la materia orgánica no proviene de la materia mineral por simple modificación físico-química, y no podemos admitir que en un momento dado haya sido necesaria una fuerza especial, que hoy ya no obra, para engendrar á los seres vivientes.

Reconócese á la materia viva, al protoplasma, ciertas propiedades que sirven para diferenciarla de la materia inorganizada. La materia viva puede trasladarse libremente; impresionada por los agentes exteriores, se revela sensible; absorbiendo sustancias extrañas se las asimila y aumenta así su volumen; en fin, puede dividirse, reproduciendo una materia igual á ella.

Entre los animales, aún los más simples, los protozoarios, encontramos la misma facultad de moverse, de ir, de venir, de ser influenciados por los agentes exteriores, de nutrirse de sustancias exteriores y de reproducirse.

Esos fenómenos, considerados como característicos de la materia viva, ¿se producen de la misma manera entre todos los seres organizados?

¿Por qué esta razón? ¿No es lógico admitir que lo que existe para unos existe lo mismo para los otros?

Sin embargo, sobre esto se está muy lejos de haber llegado á un acuerdo.

Cuando vemos un animal microscópico, como una amiba, débil glomérula de protoplasma, dirigir sus pseudopodos hacia sustancias orgánicas que pueden servirle de alimento, retirarlas por el contrario al contacto de un cristal ácido, peligroso para él, se está tentado á atribuir á ese animáculo una sensibilidad suficiente para saber escapar.

Talmente parece que, al igual de los animales superiores y del hombre, la amiba posee la facultad de dirigir sus movimientos de una manera espontánea, voluntaria y que se guía por las percepciones que le procura su sensibilidad.

Puede, sin embargo, que no haya nada de eso.

Con dos opiniones nos encontramos. La formulada por Pfeffer, no admite la existencia de sensibilidad alguna en los protozoarios, atribuyendo sus movimientos á fenómenos idénticos á la afinidad química. Para los partidarios de esta opinión, los movimientos amiboides de formación y contracción de los pseudopodos, así como la atracción y repulsión del animal entero, son las manifestaciones mecánicas causadas por reacciones físico-químicas al pasar á la periferia del cuerpo del protozario, entre el protoplasma y las soluciones minerales contenidas en el medio líquido.

En una palabra, la fuerza motriz de las formas biológicas inferiores, sería parecida á la afinidad que se produce entre los diferentes compuestos minerales. De ahí el nombre de quimicotactismo, ó simplemente tactismo, dado á esos fenómenos.

Debemos señalar, en apoyo de esta opinión, que la mayor parte de los agentes físicos, tales como la pesantez, la luz, el calor, la humedad, lo mismo que varios cuerpos químicos, como el oxígeno, el ácido carbónico, las sales minerales, en solución, ejercen una acción fuerte ó débil sobre los seres monocelulares. Todos atraen ó repelen el micro-organismo sin que éste pueda sustraerse á su acción. Es pasivo en su movilidad.

Completamente diferente es la opinión sostenida por Hæckel, Engelmann, Luciani y otros observadores.

Para esos autores, los organismos monocelulares gozan de una espontaneidad motriz análoga á la de los animales superiores, debido á la existencia de una verdadera sensibilidad, aunque rudimentaria.

En consecuencia, la atracción y la repulsión en los protozoarios, no es una simple acción mecánica sobre una sustancia insensible, sino que constituyen fenómenos esencialmente biológicos.



A ser así, deberíamos ver en ellos el punto de partida, muy vago, es verdad, pero no menos real, de la sensibilidad consciente, facultad que va perfeccionándose á medida que nos elevamos en la serie zoológica que enlaza los protozoarios con los mamíferos.

De estas dos opiniones, tan diametralmente opuestas, ¿cuál adoptar?

¿Los movimientos amiboides de los protozoarios son simples fenómenos únicamente suscitados por los agentes físico-químicos, y, por tanto, puramente mecánicos y desprovistos de toda impulsión espontánea y consciente?

¿Son, por el contrario, las manifestaciones primordiales exclusivamente características de la vida animal, y, por consecuencia, sin identificación posible con los fenómenos de afinidad orgánica?

Decidirse exclusivamente por una ú otra opinión, sería probablemente restringir el alcance de esta cuestión, una de las más interesantes de la filosofía zoológica.

Buen número de experiencias demostrativas, particularmente las de Pfeffer, Massart, Bordet, Metchnikoff, etc., han probado incontestablemente que las atracciones y repulsiones de los organismos monocelulares vis á vis de los agentes físicos, de las sustancias minerales ó de las materias orgánicas, se producen de una manera enteramente idéntica á las afinidades físico-químicas presentadas por los cuerpos minerales.

De modo que lo que llamamos espontaneidad y sensibilidad de las amibas y de otros organismos monocelulares, constituyen fenómenos del mismo orden que las afinidades inorgánicas. A este respecto, no hay diferencias apreciables.

Mas ¿debe deducirse por esto que son fenómenos exclusivamente inanimados, es decir, sin relación alguna con la vida?

La afirmación parece aventurada, pues observamos esos fenómenos, muy caracterizados, precisamente sobre una

materia que formando parte esencial de todos los seres vivientes, es por este motivo calificada de materia animada, de substancia viva por excelencia.

Esta materia sería viva sin poseer todas las funciones características de la vida; lo que consideramos como su movilidad, como su sensibilidad, serían manifestaciones desprovistas de toda acción vital, puesto que fenómenos del mismo orden se producen en los cuerpos que miramos como desprovistos de vida.

¿No será, verdaderamente, ir un poco lejos rehusar las funciones de movilidad y de sensibilidad vital á una materia que por sus otras funciones, por su nutrición, que le permite asimilarse sustancias minerales transformándolas para crecer á sus expensas, por su reproducción, que le permite multiplicarse y sobrevivir, atestigua de manera tan formal que es realmente una materia viva?

Puesto que es incontrastable que esas dos funciones, nutrición y reproducción, caracterizan los fenómenos de la vida, sería necesario considerar el protoplasma de un sér monocelular como una materia mitad viva y mitad inerte.

De la vida, poseería el organismo de un protozoo la nutrición y la reproducción; de la no-vida tendría las afinidades atractivas y repulsivas.

Así, pues, el protoplasma de los animales monocelulares, que es fundamentalmente el mismo que el de los organismos más complejos, más perfectos, poseería á la vez las manifestaciones que dependen de las funciones biológicas y otras que dependen de las propiedades de los cuerpos brutos; ¿qué significaría esto, sino que el protoplasma, «caos vital,» «base de la vida,» es precisamente una combinación que participa de la materia mineral, á expensas de la cual se forma exclusivamente, y de la materia llamada organizada que ese protoplasma constituye y fabrica?

La similitud, la identidad, podemos



decir, entre las manifestaciones químicas que atraen ciertas moléculas minerales y repelen otras, y las manifestaciones selectivas del tactismo orgánico, aparece desde este momento como cosa muy natural.

Esta similitud debería mostrarse con tanta más claridad cuanto que estamos en las fronteras mismas que separan lo inorgánico ó mineral de lo orgánico y viviente.

¡Pero cuán indecisas son esas fronteras!

La incertidumbre sobre la verdadera naturaleza del *bathybius* es una prueba de ello. Podemos hasta preguntarnos si los límites reales existen, si los que admitimos como tales no son enteramente ficticios ó si no son más que una simple convención adoptada para facilitar nuestra clasificación. Parece que hay en esto,

como en todas las cosas naturales, ausencia total de demarcación precisa, en tanto que en la realidad existirá una penetración recíproca de las dos modalidades de la materia, mineral la una y orgánica la otra.

¿Qué hay de extraño, entonces, que fenómenos idénticos se produzcan igualmente en las sustancias llamadas inanimadas y en las animadas?

Hechos señalados desde hace largo tiempo, pero recientemente estudiados con cuidado, parecen poner en evidencia, como desquite de lo que observamos en el protoplasma, la existencia de manifestaciones espontáneas, sensitivas y motrices en lo que calificamos de materia bruta. Nociones nuevas, extrañas para nosotros, á las cuales nos acostumbraremos, como nos hemos acostumbrado á la fotografía invisible.

(Continuará.)

**Anselmo Lorenzo**

## Leyes y Legisladores

Discurría hace poco sobre la ley, con objeto de reunir materiales para una conferencia, cuyo trabajo terminaba con el siguiente resumen: «la igualdad ante la ley es imposible por ilegal, por punible; la ley es insostenible por anacrónica; la grandeza del hombre no cabe en la pequeñez de la ley, y por añadidura tenemos la incapacidad profesional de los legisladores,» cuyas afirmaciones dejaba, á mi entender, bien probadas (Véase *Criterio Libertario*), y entre lo hallado y no utilizado entonces y que aprovecho ahora, se encuentran estos dos pensamientos de Pascal:

«Nada hay tan falible como las leyes que corrigen las faltas, quien las obedece teniéndolas por justas, obedece á la justicia que se imagina, no á la esencia de la ley, porque ella se reconcentra en sí; es la ley y nada más.»

«Es peligroso decir al pueblo que las leyes no son justas; porque las obedece sólo porque cree en su justicia. Por eso es preciso decirle también que hay que obedecerlas porque son leyes, del mismo modo que ha de obedecerse á los superiores, no porque sean justos, sino porque son superiores.»

Ahí está la crítica más acerba que pueda hacerse contra la sociedad formada por el privilegio: como las instituciones que regulan las relaciones recíprocas de los asociados son iníquas, y como para ir viviendo no tenemos otra sociedad de que echar mano y necesitamos indispensablemente una sociedad, preciso es conformarnos con lo que tenemos, y, haciendo de necesidad virtud, se enseña á los que les toca la peor parte que «han de obedecer las leyes y á los superiores.»



Colocados en ese terreno, los intelectuales de la tiranía y de la usurpación, inspirados por una mentira piadosa, sin creer en los dogmas, considerando que ha de haber un Dios y un Estado venerables para la canalla, los propagan y conservan en nombre de la salud pública.

Pues ¿qué es el derecho? ¿qué es la jurisprudencia? ¿qué valor tiene la palabra ciencia aplicada á esas cosas? ¿qué la justicia?

El asunto es importantísimo, y ya que se ve palpablemente que la obediencia es una necesidad para mantener el falso equilibrio social, que se sostiene con la pasividad de los desheredados, de los trabajadores, de los pobres en general que han de vivir muy por bajo la línea de la equidad, pasa que los usurpadores de todo género y categoría vivan sobre esa misma línea; cuya pasividad se sostiene con la mentira, con las armas, con la privación de libertad y aun con la muerte; necesario es que dirijamos los anarquistas la luz de la crítica á ese misterio, á fin de que unos y otros, cuantos tengan dignidad, unos para rechazar ventajas vergonzosas y otros para no sufrir imposiciones humillantes, empiecen á ver, formulen juicios y determinen su voluntad como corresponde á hombres moralmente bien equilibrados.

*Derecho* es... imposible saberlo de cierto. Si las ideas han de definirse con exactitud para formar juicios con ellas, del mismo modo que las unidades son exactas y precisas para formar cálculos, renunciemos á discurrir sobre el tema en cuestión, porque *derecho* no es 1, y 2, que permite decir á todo el mundo, perfectamente de acuerdo, 1 y 1 son 2, 2 y 2 son 4; porque la idea *derecho* es la manera que tiene cada uno de formar esa abstracción, y por tanto su valor es de una elasticidad lastimosa. A la vista tengo un diccionario ya antiguo que, definiendo la palabra *derecho*, tiene 51 veces el signo || que indica otras tantas

acepciones de la misma, de las cuales entresaco ésta: Justicia || Autoridad, potestad, poder. || Jurisprudencia. || Y sobre todo esta: «Lo que dicta la naturaleza ó ha ordenado Dios, ó definido la Iglesia, ó han establecido los legisladores para moralizar y organizar la sociedad,» de la cual resulta que, aunque difícil, es posible saber lo que ha definido la Iglesia y lo que han establecido los legisladores, aunque sus definiciones no sean razonables; pero lo que dicta la naturaleza ó lo que ha ordenado Dios...

Si con tales vaguedades se nos presentan las ideas *derecho* y *jurisprudencia*, ¿qué resultará cuando las tomamos para formar esta otra: *ciencia del derecho*?

*Ciencia* es «Conjunto de principios ciertos y positivos de una facultad, metódicamente ordenados para facilitar su estudio.» Si esta definición que yo acepto y tengo por buena no lo es, ponga aquí punto final el lector, pero mis afirmaciones anteriores bien sentadas quedan; si puede pasar, conste que el derecho se halla muy lejos de poseer *principios ciertos y positivos*, y cuantos en esa facultad están graduados y de su aplicación y práctica hacen recurso de subsistencia, me parecen iniciados y cómplices en la superchería que señala Montaigne con estas palabras:

«Las leyes mantienen su prestigio, no porque sean justas, sino porque son leyes: tal es el fundamento místico de su autoridad; no tiene otro mejor. Frecuentemente son hechas por necios; con más frecuencia aún por hombres faltos de equidad y que odian la igualdad, y siempre por hombres vanos é irresolutos. No hay nada tan común, tan pesado, ni tan ampliamente erróneo como las leyes.»

Cuyo pensamiento se completa con este otro de Pascal:

«Es preciso que no se advierta la verdad de la usurpación, que fué introducida en otro tiempo sin razón, pero



que la antigüedad ha justificado; es preciso considerarla como auténtica, eterna, y *ocultar su origen*, si no se quiere que acabe pronto.»

Frente á esa noción de justicia legal, el delito, cuando no es resultado de una perturbación de la mentalidad individual por causa social, en cuyo caso la responsabilidad incumbe á la ley misma, es una protesta ó una rebeldía contra la injusticia de la ley, y entonces el individuo incurre en las penas señaladas en el código, no por malo, sino por perturbador de los convencionalismos elevados á la categoría de justicia, por tener conciencia de que el derecho imanente, inalienable, anterior y superior á toda ley que constituye su personalidad, no puede ser cohibido por un mandarín ni por un parlamento y contra el cual todo el cúmulo de prescripciones legales,

desde las Doce Tablas hasta el día, son letra muerta y no tienen más valor ni eficacia que el procedente de su vejez y el que le presta la fuerza doblada de la ignorancia.

Cuanto pudiera añadir sobre el tema, y mucho puede decirse, le complicaría sin dar con ello más valor á lo afirmado.

En resumen: todo lo escrito bajo la denominación de ley, derecho y jurisprudencia, coarta la libertad humana. Y cuando no es una iniquidad, es una rémora, y cuando no lesiona, causa otro género de daño, retrasa ó desvía.

Ese es el concepto que de la legislación resulta, á mi juicio, del criterio libertario.

Por algo hemos aceptado los anarquistas el *homo sibi Deus* de Pi y Margall, renegado en sus últimos tiempos por su autor, por sus partidarios, y por los que actualmente acaudilla Salmerón.

**Claudio Jóvenes**

## La nueva mesa de valores

La Vida se levanta con requerimientos de heroísmo y con promesas de bondad, y como nunca, vibran las voluntades bajo un deseo intenso y permanente de acción, de obrar. Cada día se siembran mejores esfuerzos por los hombres y todos los años una abundancia siempre más pródiga del Pensamiento nos sonríe agradablemente. Se han arrasado las moradas de los dioses, sepultándolos á todos; ya no se aprende en el Libro viejo de las leyes, consagrador de la violencia.

Mientras el espíritu humano, tratando de darse á sí mismo una idea del Universo, se recogía silenciosamente en la penumbra de sus abstracciones, la realidad ocultaba á los hombres el tesoro fecundo de sus secretos. Bajo el cielo cerrado de la metafísica, el pensamiento proyectaba su sombra sobre las cosas, desconociéndolas. Con una porción de conceptos meramente subjetivos, del

todo vacíos, creíase haber respondido á las preguntas audaces sobre el hombre y el mundo.

Pero la vía segura del Conocimiento fué hallada gloriosamente por los hombres y se hizo la luz en los cerebros. Había pasado la noche de lo absoluto. La vía de la observación y del análisis ha llevado al hombre con una secreta confianza en su obra, á pesar del umbral de la realidad para desentrañarla. Así, se ha estudiado la Substancia de sus modos y combinaciones infinitas, arrancándola su Ley como palabra eterna de Verdad. Siguiendo la cadena indestructible de los hechos, se ha llegado hasta el lecho misterioso de los orígenes. Paso á paso se ha seguido la evolución de las formas orgánicas, sacando las más grandes conclusiones. Por el funcionamiento de los centros cerebrales se han explicado científicamente en el hombre, los fe-



nómenos de la vida consciente, excluyendo todo principio anímico y vitalista, y con el apoyo de la biología se ha proclamado la unidad vibrante del ser humano.

De esta inmersión fecunda en la claridad de los hechos, ha brotado la filosofía nueva. Hoy, ésta representa la síntesis, la integración suprema de las ciencias particulares. Con sus principios fundamentales ha desquiciado totalmente el viejo mundo moral y religioso, afirmando la vida espléndidamente.

Y este es el triunfo glorioso de los tiempos nuevos. En la vieja mesa de valores, de la que hasta ahora hemos sido esclavos, desconocíanse esos dos elementos anatómicos: la célula y el glóbulo rojo, y se evaluaba la vida friamente, con la frialdad de un razonamiento abstracto. Los conceptos apriorísticos y los preceptos dogmáticos formaban al hombre interiormente, malparándole los resortes de la energía y extraviándole de su humana finalidad.

Imperativos y deberes, prescripciones y leyes, son valores viejos sin arraigo en la sangre.

La filosofía contemporánea con sus principios fundamentales, ha operado una transmutación de valores en el Individuo y en la Sociedad. Después de proclamada científicamente la unidad de la vida, ésta viene a informar la moral. El principio de vida intensa y expansiva resolviendo el móvil de la conducta ha sustituido realmente la «ley» absoluta y universal, el eje imaginario de la conciencia. Ningún sentimiento de obligación ni deber se manifiesta en nosotros como raíz viva de nuestros actos. Es la expansión de la energía vital, intensa y variada, la que determinándonos a obrar nos lleva a las más nobles realizaciones, en las cuales esos dos sentimientos fuertes y bellos, egoísmo y altruismo, se concilian y armonizan sanamente. Acrentar la vida en sus aspectos físico y

mental, propagarla, embellecerla, es dar substancialidad y forma activa a la moral, es darla individual y socialmente objetividad humana.

Pero no solamente la moral queda fuera de toda valoración metafísica, sino que también se la ha despojado de los valores deprimentes que en lejanos tiempos el cristianismo le diera. La práctica elogiada de la «virtud» que se resuelve inmoralmente en el renunciamiento y en la humildad, significa un retroceso de la energía y una depresión interna. Hoy, exaltándose el poder individual del hombre se da un valor elevadamente moral a la acción, y se preconiza el concepto nuevo é integral de personalidad, de una nobleza y dignidad realmente superiorizadoras.

Esta directriz humana y elevada de la moral científica, coordinando conscientemente energías y voluntades, afirma su positiva trascendencia para la obra social de Cultura, Sinceridad y Acción.

Una vez cambiados los valores del Individuo, se transvalúan los de la Sociedad. La crítica demoledora de las leyes—antiguos valores sociales—nos ha revelado su espíritu hecho de mentira y violencia, condenando su función social coactivamente organizadora. Entre la «estática» de las leyes y la «dinámica» de la vida, la oposición es violenta é irreductible, contrariando las tendencias y corrientes expansivas de la energía y del pensamiento. Las formas exteriores y los hechos reales en que se concreta y manifiesta el espíritu de las leyes, sólo son la expresión de una vida social injusta é insolidaria, de fealdad y dolor.

Pero he aquí un hecho cierto: en todo tiempo el hombre de espíritu libre se ha rebelado contra la mentira de las leyes, y una aspiración inmarcesible al amor social ha fulgurado como un haz luminoso á través de la oscuridad de la Violencia.

Hoy, la rebeldía de la Vida contra las



leyes é instituciones coactivas y negadoras viene poderosamente reforzada con las afirmaciones de Conciencia moderna. En la nueva mesa de valores, destruidas las mentiras sociales, como base de las relaciones humanas se proclama el gran principio de Solidaridad, el cual la observación científica descubre en las células del organismo individual.

Este principio natural y fecundo aplicado libremente en la esfera de la actividad social, ha de cegar el cauce de violencias y negaciones, iniciando y elaborando nobles formas y estados conscientes de Cultura y Bondad.

En el fondo, los valores morales y los valores sociales positivamente justipreciados, puede decirse que se identifican, ya que es su característica la intensidad y expansividad vitales del individuo.

Sin obligaciones y deberes, sin preceptos y leyes, y proclamando la Acción libre é imprescriptible, hoy se abraza la realidad y así las ideas fundiéndose con la Vida; los sentimientos intensificándose y manifestándose socialmente con vibrante simpatía, esperan a los hombres y fortalecen sus voluntades, dejándoles entrever sonrientes y gloriosas perspectivas humanas.

---

**H. Spencer**

## Salvajismos

¡Cuántas confusiones resultan del mal empleo de las palabras! La palabra «salvaje», que en su origen significaba rústico, bárbaro, inculto, ha sido luego aplicada á los pueblos aborígenes. Habiéndose conducido estos pueblos, por represalias, pérfidamente con los viajeros que los visitaron, se consideró este rasgo de carácter como universal, y «salvaje» se convirtió en sinónimo de feroz. De aquí esta infundada creencia de que el salvajismo, tomado en este sentido, caracteriza al no civilizado por oposición al civilizado, y sin embargo, la inhumanidad de que han dado prueba las razas llamadas civilizadas no es seguramente menor, y á veces, ha sido más grande, que la de las razas llamadas incivilizadas.

Dejemos á un lado las innumerables crueldades que manchan los anales de las antiguas naciones de Oriente, de las cuales podrían citarse como ejemplos, las de los Asirios, y recordemos de paso las hazañas tan admiradas de los Griegos de Homero, de aquellos griegos embusteros, ladrones y asesinos, como

los describe Grote (1); de aquellos Griegos cuyos héroes se complacían en cometer atrocidades, y no insistiendo sobre la brutalidad de los Espartanos, ni sobre la dureza de corazón de los Griegos de una época más reciente, lleguemos hasta los Romanos cuya implacable civilización elevada á las nubes por los admiradores de sus conquistas, ha hecho pesar sobre Europa siglos de miseria. Veinte generaciones de devastadoras guerras desarrollaron en ellos una naturaleza tal, que la de las razas bárbaras no ha igualado en ferocidad. Los Indios de la América del Norte tienen la costumbre de torturar á sus cautivos, pero no han llegado hasta torturar á sus esclavos. En Fidji ciertas tribus sometidas vienen obligadas á suministrar víctimas para los festines de los canibales, pero los fidjianos no matan á centenares los compañeros del esclavo que ha asesinado á su dueño. En fin, si los pueblos no civilizados reducen á la esclavitud á los pueblos que no han exterminado, en cambio no

(1) *History of Grece*, II, 32.



los acorralan como rebaño para hacerles trabajar como bestias de carga negándoles todos los derechos que pertenecen al hombre, ni condenan á sus prisioneros á satisfacer su pasión por la sangre derramada en los combates de los circos, pasión tan imperiosa en Roma, que la necesidad de satisfacerla era tan grande como la necesidad de comer. Exceptuando á los fidjianos y empleando la palabra «salvaje» en su moderna acepción, podemos decir sin titubear que los salvajes de piel blanca de Roma antigua, superaron en horrores todo lo que los salvajes de color hayan podido hacer en todos los puntos del globo.

Si á los hombres no les cegaran los prejuicios teológicos ó patrióticos tendrían que confesar que en la Europa cristiana y durante la mayor parte de su historia, la inhumanidad mantenida por las guerras entre las sociedades y por las discordias en el seno de cada sociedad, alcanzó límites extremos que superan á los de la inhumanidad de los pueblos inferiores que estamos habituados á considerar como feroces. No hay duda que Europa no ofrece el equivalente de las

atrocidades cometidas por razas medio civilizadas, como los Mejicanos ó los pueblos de la América central. que despedlejaban vivas á las víctimas y les arrancaban el corazón aún palpitante; pero los Europeos que profesan, no obstante, una religión de amor, superan á estos salvajes en ingeniosidad con la invención de innumerables variedades de suplicios destinados á alargar la agonía de los herejes, de los brujos y de los criminales políticos. Aún en la actualidad, á pesar de que la disciplina de una vida social pacífica ha hecho desaparecer de entre nosotros, si así puede decirse, toda inhumanidad de este género, vemos sin embargo, como nuestros compatriotas cometen en otros países actos inhumanos, si no los mismos, por lo menos de otro género. Las atrocidades de los colonos de Australia cometidas con los naturales, las de los piratas del Pacífico y de los merodeadores de las costas atestiguan la conducta bárbara de los invasores europeos para con las razas indígenas, y cuando éstas usan de represalias se las zahiere con el epíteto de «salvajes.»

## Dos libros

**Ricardo Mella**

Llegaron hasta mi retiro forzado, un arisco rincón de Asturias, por la bondad de sus autores, Sánchez Díaz y Ciges Aparicio.

«Odios» rueda hace ya bastante tiempo por los escaparates de las librerías. «Del Cautiverio» empieza ahora la peregrinación en busca de lectores. ¡Lectores! Esa es una de las muchísimas cosas que faltan en España, aunque para libros como los dos que cito no será en la proporción lamentable que es uso y costumbre en esta desdichada tierra de toreros y frailes. Ni por lo uno ni por lo otro pretendo descubrir el Mediterráneo.

No voy á hablar de esas dos obras en son de crítica. Cosa fácil para los que poseen cierta dosis de erudición á la violeta y unas buenas tijeras para cortar sayos al prójimo, es empresa morrocotuda para los que ni aun eso tienen, como yo. Declaro además, de antemano, que en literatura estoy completamente *pes* y renuncio, por tanto, en un arranque de generosidad bien meditada, á la mano de la Dulcinea.



Por tardío que sea mi recuerdo para el libro de Sánchez Díaz, ha dejado tan profunda huella en mi ánimo que ni el



tiempo ni la distancia han de aminorar su intensidad.

Sánchez Díaz es un artista de médula que siente y piensa hondo, que sabe penetrar en las escabrosidades de la vida. Es además un alma bien templada, apta para las vibraciones de la bondad, dispuesta siempre á la justicia.

*Lif*, el noble *Lif*, que se inquieta, que aulla porque en medio de la nocturna tempestad un perrito ladra á la puerta que no se abre, mientras el amo de *Lif*, pintor y poeta rodeado de flores y de riqueza, exclama:—«¡Vamos, *Lif*, ya te abrirán!...» era, como dice Sánchez Díaz, toda una conciencia, toda una conciencia de que carecen muchos hombres indignos de que vivan y de hacerlos vivir.

«Entre lobos» es un episodio dramático, fuertemente sentido, hermosamente descrito. Allí vibra todo nuestro tiempo de luchas sociales. La huelga que surge espontánea provocada más que por la crudeza del invierno, por la bárbara crueldad del administrador de la fábrica, que agarra por el brazo á la débil obrera y la arroja del taller á empujones; el hijo amante que, encolezado, enarbola sobre la cabeza del Jefe el ígneo hierro; las mismas mujeres que le detienen; aquella voz terrible que domina á la multitud gritando:—«¡Dejadle, tiene razón!»; levantan en el pecho oleadas de huracán, enardecen la sangre y suscitan anhelos vehementes de reparación y de justicia. Y después la leyenda infame, el galeoto que se ceba en la mujer y en el hijo y los persigue, los acorrala, los amonada; la reacción de la miseria que muerde en la carne hambrienta de dos seres sin ventura; la obra espantosa de las mismas gentes de bien, sumándose á la canalla enriquecida, de los mismos *que viven del horror de su trabajo inmenso y de la injusticia de la miseria*; el golpe final de los propios huelguistas que maldicen á la víctima,

escarnecen al hijo heroico porque el hambre les hurga en el estómago, es un cuadro de abrumadora realidad que clama á grandes voces odio, destrucción, aniquilamiento... La pobre madre toca á los linderos de la desesperación trágica. «Todos, todos son unos cochinos...» Pero á la mañana siguiente suena la sirena de la fábrica y hallá van los hambrientos á rendirse en bandadas de esclavos; la pobre mujer también alborozada porque cree alcanzar el término de su martirio. Pero falta el último suplicio, la crucifixión inicua. Ella, ella sola, no puede pasar; no hay trabajo para ella ni para su hijo sin implorar previamente el perdón de don Antonio. ¿Perdón? Fuego que consuma en llamas horribles de justicia social la iniquidad triunfante.

Como *Lif*, como «Entre lobos», descuellan vigorosamente «El Héroe» que vá de cabeza á la miseria porque no quiere, porque no quiere votar; «Rodriguez» el empleado infeliz, borracho, loco por la estupidez oficinesca, que mata en la explosión terrible del odio almacenado; «El Rencor» página hermosa y valiente en que se narra la esclavitud aplastante del campesino sometido al cura, que ni aun la libertad de condenarse, de ir al infierno, le deja; todo el libro, en fin, se lee y se relee de un tirón porque su autor puso en él, vida, alma, fuego, gritos formidables de justicia, de tremenda justicia.

No estoy fuerte en lances de amor. Mi vida se ha deslizado lejos de la irrupción de las pasiones atropellantes y por eso al recordar el libro «Odios» no hice especial mención de las páginas que Sánchez Díaz les dedica. Creo, no obstante, que hay en «El Juez», «Los Ojos», «Mal, Agüero» y no digo más para no citar todas las partes del libro, fina penetración psicológica, mucho arte en el sentir y en el decir y que, sobre todo, campea en estos trabajos, como en los otros, vigorosa realidad interpretada por



un alma de artista y una cabeza de pensador.

«Odios» tiene mi pobrísimo humilde aplauso, como lo tiene cuanto me hace sentir, amar el bien y aborrecer el mal. Soy todo pueblo en materia de arte, como en otras muchas cosas. Y hasta creo que sobran casi siempre las quinta esencias del saber y del hacer, enemigas del pensar bien y obrar mejor.



Y vamos ahora al otro libro. «Del Cautiverio» nos dice muchas cosas que sabemos, mejor dicho, que adivinamos. ¡Tarea difícil hablar de lo que conoce todo el mundo! Los horrores de la cárcel, del presidio, del cuartel, que circulan por ahí como leyenda, adquieren en este libro el rigor de la verdad dicha sin rodeos, de la verdad espantosa en medio de la cual se ha vivido atormentado, torturado, próximo á la anulación moral y á la muerte física.

El que dude de Montjuich y de la Mano Negra, de todos los horrores de nuestra triste historia y de nuestra triste actualidad correccional, de iniquidades de la justicia organizada, de venganzas de la política; el que dude de las abominaciones de la cárcel, del militarismo, de las prevenciones, de nuestra dominación gubernamental en la Isla de Cuba, que lea este libro que chorrea sangre y pus sobre toda la inicua organización social en que vivimos.

«Del cautiverio» es la relación palpitable de dos años largos vividos en medio de los horrores y crueldades del militarismo y del correccionalismo. No hay novela, no hay leyenda, no hay fantasía; hay realidad y verdad que brota de los escuetos párrafos formidable, aterradora. No abuso del adjetivo. Fáltanle á veces al autor palabras adecuadas á las tremendas abominaciones que presencié. Ocúrrele que deja al lector adivinación de cosas que se resisten á toda

figuración escrita. ¿Y cómo no, si los hechos revasan toda concebible crudeza de la pluma?

No se crea, por lo dicho, que hay en el libro de Ciges Aparicio eufemismos, medias tintas, nebulosidades cobardes. Por el contrario, hay claridad, precisión. Es una obra rectilínea que presta un gran servicio á la causa de la justicia con la evidencia descarnada del mal. La leyenda anarquista ó carcelaria pasa, por virtud de este libro, á ser historia.

«Del Cautiverio» tiene un valor indiscutible: el de que su contenido es siempre, invariablemente, relato verdadero y preciso de cosas vistas y pasadas por el propio autor. El valor literario, que lo tiene, sin duda, la autoridad política ó filosófica del que dice, importa poco. Hombre y libro rinden culto á la verdad, pues basta.

Quisiera dar al lector una idea, un resumen brevísimo de lo que contiene el libro de Aparicio. Imposible. Imagináos el pozo negro, rebosante de inmundicia, que revienta, que explota como bomba cargada de cieno; considerad todas las bestialidades de la carne, todas las dislocaciones mentales y afectivas; agregad todavía algo apocalíptico, más allá de lo absurdo imaginable y no tendréis aún idea aproximada de este libro titular.

No sé si habrá quien pueda leer con calma, tan fuerte y tan dolorosa y tan irritante es la sensación del mal que produce su lectura. «Del Cautiverio» es, por esto mismo, una obra revolucionaria que debe leerse y que recomiendo á las almas cándidas que viven en el limbo de las bienandanzas políticas, jurídicas, militaristas y gubernamentales. ¡Ah! Y también lo recomiendo á los egregios genios de la hilaza de aquel que se salvó en el naufragio de la fe de Ciges Aparicio, á aquellos que viven perpetuamente en la puerilidad del distingo académico ó en la inocencia engatusante de pasmar al res-



petable público con sus cabriolas literarias y filosóficas.

Conste, si fuere necesario, que no lo es, que no conozco ni al Sr. Sánchez Díaz ni al Sr. Ciges Aparicio; que jamás he cruzado con ellos ni una sola palabra hablada ó escrita. Si acaso se me tacha-

ra de exagerado en el aplauso, sépase que si aquello hubiere ocurrido, tal vez mi pluma no discurriese ahora sobre los dos libros. La amistad ó el simple conocimiento me torna parco, cuando no mudo, para la simple aprobación.

Y dicho esto porque tenía necesidad de decirlo, hago punto final.

**Alberto Surier**

## El arte y la cultura física

Un pequeño territorio del cual el mar había dentellado las costas, un polvo de islas arrojadas entre las olas, bañadas por un sol espléndido, llenas de azul y de flores, de naranjos y de olivares, de cosechas y de vendimias, un verdadero clima de edén, he aquí lo que era la antigua Grecia.

En este ambiente de natural poesía, mantillas de la historia, surgió la civilización griega, esplendorosa luz de la eternidad, de igual modo que en la primavera se abren las rosas acariciadas por el diurno astro.

Han removido los griegos tantas ideas, han sembrado por el mundo tantos gérmenes fecundos, que no se puede tocar el patrimonio humano sin que nos tope-mos con las formas de su sabiduría y no se puede entrar en un museo sin que se halle en él alguna de sus mutiladas obras maestras.

Pero si á todas las formas del pensamiento humano supieron imprimir huella de mano maestra, en arte fué donde más se acercaron al ideal. Aquellos iniciadores del género humano en todas las ramas de la actividad, alcanzaron en materia de arte cimas que aun no se han podido traspasar.

A decir verdad, toda su civilización está en el culto apasionado de la vida y de la belleza. La religión no es más que un poema de símbolos: el oro de las cosechas, el azul de las olas, los suspiros

del viento, el susurro de los bosques, el amor, todo encarna en divinidades. A manos llenas los grandes artistas petrificaron sus sueños en formas ideales. Todas sus creaciones viven una vida muda, pero intensa. Son así como una síntesis de emociones, una exageración de sentimientos, una reducción concentrada del gran Pan.

Sus divinidades tienen la perfección de las líneas. «Si damos á nuestros Dioses la forma humana — decían — es porque no hay forma más bella.» Sólo que, para ellos, esta forma humana perfecta era algo más que una abstracción, que un sueño etéreo de snob, como se dice en nuestros días, que sueña con la belleza plástica del propio modo que el niño sueña con la luna. Esta belleza, cuya soberanía celebraban constantemente, la hacían viviente y la realizaban.

Toda su pedagogía tendía hacia la doble perfección del cuerpo y del alma. Ellos no creían que, según la magnífica expresión de Augellien, los bellísimos destellos de la inteligencia tuvieran que habitar en cabaña miserable; creían que valía más, al contrario, que estuviesen encerrados en los muros de un palacio que ofreciera algo de la divinidad de un templo.

Hacer del cuerpo humano este santuario embellecido por el pensamiento, he aquí el objetivo de los educadores griegos. Y lo lograban maravillosamen-



te por procedimientos de que está bien lejos nuestra actual pedagogía. Los cursos se hacían de pie, andando, y el trabajo intelectual no aventajaba ni en duración ni en atención al trabajo físico. Reservábanse á los vencedores en las carreras recompensas iguales á las otorgadas en los concursos de poesía. Los pensadores más grandes no desdenaban los juegos en los circos y voluntariamente descendían á medir sus fuerzas con los atletas de más renombre. Adquirir la fuerza y la belleza físicas era tan noble como la adquisición de la belleza moral. Y es que sabían que las dos estaban estrechamente ligadas, que el vicio, antes que enfermedad del alma, es por encima de todo una enfermedad física que crece en un cuerpo débil como las hierbas raquílicas crecen en terrenos empobrecidos.

Honraban la fuerza muscular como á uno de los más nobles atributos, porque sabían hacía tiempo que cuanto más fuerte es el cuerpo más obedece, y, al contrario, cuanto más débil es, más manda en nosotros. Eran hombres completos los que salían de las academias griegas.

No creo temerario afirmar que los admirables modelos que los grandes estatuarios y los grandes pintores tenían ante sus ojos, ayudáronles poderosamente á crear sus inmortales obras maestras. Un escultor no hubiera hecho salir un Apolo de un modelo contrahecho. Los mismos artistas eran atletas que se disputaban los laureles en las carreras, á las cuales iban, al propio tiempo, para estudiar el juego de los músculos y la línea de las actitudes.

Y aquí es donde la cultura física está indisolublemente ligada al arte. ¿Acaso el arte del escultor y del pintor no es la interpretación de la misma naturaleza? Fijaos bien en que digo interpretación y no copia servil. El verdadero artista hace algo más que copiar, hace pasar á

su obra algo imponderable é invisible que está en él, algo que se siente por poca cultura que se tenga. El fotógrafo solamente es artista por escamoteo del título de tal. En el fondo, no es más artista que el sol que dibuja sobre la hierba el contorno de las hojas.

Pero es evidente que la comprensión de la belleza humana no llega al artista sin el examen y sin la contemplación reiterada de la belleza natural. No podemos figurarnos el mar y la montaña sin haberlas visto, de igual modo que un artista deforme no será capaz de edificar impecables estatuas habiendo siempre habitado en un país de jorobados.

Independientemente, pues, del punto de vista moral que no hemos hecho más que indicar, desde el solo punto de vista del arte, el culto de la belleza viviente es indispensable al artista. Diré francamente á mis amigos de *l'Art pour tous*, que su desprecio de la fuerza y de la belleza que vive me parece una inconcebible aberración. En efecto: no puedo comprender porque irían á un museo á admirar un Hércules Farnesio ó un Damóxenes si no tuvieran por lo que se les parece en la vida más que indiferencia ó desprecio. Si halláis bella la línea de un biceps de mármol ó de piedra, es necesario que halléis también que es bella la línea de un biceps de carne.

Pero no basta admirar y contentarse con la belleza y la fuerza de los demás, es necesario amarlas y quererlas para sí. Este es un bien precioso que ha de estar al alcance de todos y nadie tiene el derecho de descuidar todo aquello que pueda contribuir á aumentar su capacidad y su poder de vida.

Ha sido necesario que viniere el cristianismo con sus diecinueve siglos de imbecilidad, con su desprecio del «andrago» humano y su beatificación de la mugre y de la gusanería para que pudieran tomar cuerpo é imperar ideas tan contrarias. El cristianismo ha sido la



nube densa, de oriente venida, que se ha extendido sobre la luz griega para apagarla y cubrir el mundo de espesas tinieblas.

El cuidado de nuestra belleza corporal desapareció entre estas sombras de las que apenas si comenzamos á salir actualmente. No es que yo quiera decir que hemos hecho las primeras tentativas para escapar de este estuche con la inauguración en Francia de nuestra gimnástica acrobática y nuestros programas de educación física en la escuela.

Respecto al asunto que nos ocupa, estos esfuerzos tuvieron, sin embargo, feliz resultado. Fueron la señal de una renovación, de un verdadero renacimiento del movimiento. La vulgarización de los deportes con la invención de la bicicleta, la influencia de la prensa deportiva ayudaron á ello poderosamente. Únicamente que, hacer sport antes de tener músculos, es comenzar la casa por la techumbre. Primeramente se necesita musculatura, fuerza, resistencia, salud; después, todo puede permitirse y todo es fácil.

Después de habernos extraviado largo tiempo hemos encontrado el camino de la verdad en materia de cultura física, y este camino nos conduce derechamente á la antigüedad griega. Esto que llamamos progreso ¿será un retorno á las fuentes helénicas? Que aflija ó no, que sea ó no sea desilusionador, no hallamos

nada mejor en materia de cultura física que lo que hacían los Griegos: una gimnasia racional con objeto de desarrollar armoniosamente el cuerpo humano.

La historia del pasado y los vestigios que nos quedan de su esplendor, demuestran que habíanlo logrado por completo. No hay razón plausible que nos autorice á dudar ni por un instante del éxito. Nuestro ejemplo personal y los numerosos ejemplos de cada día son una segura garantía de lo contrario.

Es así como modestamente, en este especial dominio, trabajamos por el arte filtrando de nuevo á nuestros adeptos el cuidado de su belleza física. No tenemos que esforzarnos mucho para probar que al propio tiempo hacemos una obra de elevada moralidad.

No quiero terminar, no obstante, sin afirmar que de este modo cumplo también mi labor de socialista. Gérauld-Richard ha dicho que «el socialismo es el culto de la vida.» Así lo comprendo yo, pero la vida no será buena, dulce y elemental para todos, hasta el día, demasiado lejano por desgracia, en que hayamos desterrado de la tierra al execrable sufrimiento y en que hayamos dado á todos los seres la capacidad de gozar de esta vida en todos los sentidos y en toda su amplitud.

Los hombres de entonces conocerán el placer y la alegría de vivir; nosotros únicamente los conocemos por nuestro ensueño...

(De *L'Art pour tous*, París.)

**Clemencia Jacquinot**

## Desquite proletario

En el gran jardín correctamente trazado con una banalidad de propietario rico, crecen en macizos tirados á cordel las plantas de lujo, de tonos chillones, sabiamente deformadas, enormemente, bestialmente, porque perdieron, al perder su nativa forma, la gracia particular que no pudo reemplazar el cultivo artificial.

Un jardinero ventrilocuente y apoplético vigila con aires de soberano á los ayudantes que riegan abundantemente mientras otros se afanan en arrancar las «malas yerbas» que estorbarían el desarrollo de las especies ornamentales que el dueño compra á peso de oro.

Detrás de los macizos hay un pequeño pedazo de terreno abandonado en el



que las últimas gotas de agua del riego que allí llegan, mantienen en parsimoniosamente una apariencia de frescor y de humedad á despecho del dueño y de su jardinero.

Este débil riego es suficiente, sin embargo, para hacer germinar toda una vegetación espontánea de aquellas malas yerbas tan cuidadosamente apartadas de las plantas aristocráticas. Allí puede verse toda la encantadora multitud de las plantas de los bosques, con su gracia, su esbeltez y sus dulces colores armoniosos que no atraen las miradas del vulgo, pero que son el encanto de los que *saben* admirarlas en su natural poesía.

Poesía de bondad al mismo tiempo que de elegancia verdadera, pues la mayor parte de aquellas plantecillas poseen virtudes medicinales, y más de uno de los que las desdeñan les deben la salud y acaso la vida.

Pero allí, en aquel rincón de jardín aún sin utilizar, las pobrecillas no pueden desplegar toda su lozanía y su fuerza. El sol es demasiado fuerte, poca el agua y el suelo pedregoso. Vegetación anémica de plantas proletarias.

En medio de ellas surge á trechos un retoño de las plantas privilegiadas de los macizos; acaso algún grano perdido que se ha sustraído al arte y ha encontrado con su libertad toda su natural belleza.

Y todas juntas se vengan de su abandono sembrando beneficios, enriqueciendo, á su muerte, la tierra con el fertilizador humus.

El jardinero ha terminado su inspección y se dispone á ir á visitar un nuevo emplazamiento que ha mandado preparar con gran esmero para plantar en él especies raras cuya próxima llegada le anunciaron.

Para llegar al sitio susodicho, hubiera podido tomar un sendero vecino que

bordea el rincón de terreno abandonado, pero para acortar, prefiere, al contrario, atravesar el campo de las flores desdeñadas que pisotea sin miramiento alguno.

Las pobres pequeñas proletarias mueren aplastadas por aquellas pezuñas que sin piedad las pisotea á centenares todos los días y á la misma hora se reproduce la hecatombe.

Pero no temais, ellas se vengarán, cansadas de la brutalidad de aquel patán que las aplasta para ahorrarse algunos pasos.

El día de su venganza llegará con la época de la siembra. Antes de su muerte definitiva, bajo el último pisotón del rústico jardinero, todas las pequeñas plantecillas abren sus cápsulas y los minúsculos granos se depositan y aferran entre los repliegues de los pantalones y de la chaqueta del jardinero.

Y cuando éste, siempre magestuoso, llega á la tierra que con tanto esmero había hecho preparar, las semillas se desprenden al suelo y en él se diseminan á cada brusco movimiento de su humano vehículo. Retírase éste contento de su obra en medio de sus ayudantes. Las nobles extranjeras que se esperaban harán pronto su arrogante aparición. Basta tan solo un poco más de tiempo...

Pero ¡oh desencanto! Llega un día en que el suelo desaparece bajo un bosque de plantas locamente entrelazadas, robustas, encantadoras, con sus esbeltas cabecitas floridas que parece como si se burlaran del propietario. El aire se embalsama con sus perfumes diversos, y á pesar de que es una delicia respirarlo y aspirarlos, nuestro ventrudo y apoplético jardinero estalla de cólera, sin darse cuenta del porqué de aquel inesperado espectáculo.

Las pequeñas y desdeñadas proletarias habían invadido la mansión de las plantas privilegiadas.